Despertares

José A. Sanduvete

Despertares

José A. Sanduvete

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2026
© José A. Sanduvete, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-18-4
THEMA: FBA - FXM
DEPOSITO LEGAL: M-11190-2026

Para Ana, el verdadero motor
y la chispa de esta historia,
y de todas las demás.

Para Charo, mi madre,
siempre presente.

I

Lidia se situó frente a su discoteca particular y ojeó sus vinilos. Pasó un dedo sobre ellos, midiendo sus formas, jugando con sus bordes y esquinas, como quien se entrega a un placer íntimo e inconfesable. Eligió uno de ellos, lo extrajo de la estantería y lo manipuló con sumo cuidado. Cuando tuvo en su mano el vinilo, lo acercó al tocadiscos y lo depositó en el plato. Acercó la aguja con atención milimétrica, la posó sobre el vinilo mientras este giraba y, unos segundos después, comenzó a sonar una música tranquila y relajante.

Lidia, entonces, se acercó al cuarto de baño. Se miró al espejo. No sonreía. Su gesto era grave, serio, como si un secreto terrible agriara sus pensamientos. Abrió el botiquín y tomó un bote de pastillas. Lo sujetó ante sí, leyendo una etiqueta que ya conocía de memoria. Sin volver a mirarse al espejo cerró el botiquín y llegó al dormitorio.

La música ya llenaba el ambiente de la casa con sus sonidos armónicos. Lidia se quitó los zapatos, se sentó en la cama y permaneció durante unos instantes

inmóvil, con los ojos cerrados, dejándose llevar por la canción que llegaba desde el salón. Suspiró, abrió los ojos, agarró el bote de pastillas y lo destapó. El bote estaba medio lleno. Lidia lo levantó y lo volcó sobre su boca. Las pastillas fueron cayendo a montones, por decenas. Cuando la cerró, necesitó un esfuerzo considerable para tragarse todas aquellas diminutas píldoras farmacéuticas. Lidia, aparentemente tranquila, se echó hacia atrás, se tumbó boca arriba y clavó su mirada en el techo de la habitación.

Allí tumbada, mirando hacia arriba sin ver nada en concreto, no le daban demasiadas ganas de pensar. Los pensamientos se movían lentos, pesados, como paquidermos que asomaran el morro para decidir volver a esconderlo. No había mucho en lo que pensar, de todos modos. Lidia había tomado una decisión meditada y responsable, y nada de lo que le pasara por la cabeza ahora le iba a hacer cambiar de opinión. Y menos en aquellos momentos cuando ya no había marcha atrás. ¿Qué sentido tendría arrepentirse ahora? ¿Qué podía hacer? ¿Llamar a urgencias? ¿A la Policía? ¿Pedir ayuda a gritos desde el balcón? No tenía mucho sentido.

De modo que Lidia cerró los ojos y respiró profundamente. Trató de concentrarse en el devenir de su respiración. Allí seguía, yendo y viniendo. Pronto se haría más débil, poco a poco, al principio de forma imperceptible, luego de forma indudable. Para aquel entonces Lidia esperaba haber perdido ya la conciencia,

haber abrazado la inexistencia, la paz que provoca la ausencia de penas y conflictos.

¿Cuánto tardarían las pastillas en hacer efecto? Lidia siempre había pensado que sería rápido, que en pocos segundos entraría en una especie de sopor placentero que la alejaría de las circunstancias que la rodeaban. Las cosas no estaban saliendo exactamente como las había planeado, pero esto tampoco tenía la mayor importancia. Las cosas importantes nunca salen tal y como uno las desea. Lo importante, no obstante, es que salgan.

Volvió a abrir los ojos. Allí seguía el techo, blanco y pulido. No estaba en ningún otro lugar, no había descendido a los infiernos, no todavía; tampoco veía que su alma se estuviera desprendiendo de su cuerpo. Sería cuestión de tiempo. Poco importaba, en cualquier caso.

Lidia inspiró, luego expiró. Volvió a inspirar, volvió a expirar. Algo se agitaba en su estómago. La sensación comenzaba a resultar molesta. Se asustó un poco. Pensó que tal vez le iba a tocar sufrir. No contaba con ello. Todos decían que las pastillas actuarían rápido sobre su conciencia, que no habría lugar para dolores, punzadas ni pinchazos estomacales. Si no era así, si había cometido un error, lo único que podía hacer era soportarlo y asumir las consecuencias de sus decisiones, y de las acciones llevadas a cabo tras estas.

No hubo lugar, en cualquier caso, para que la inquietud diera paso al miedo y al dolor. La idea preconcebida no estaba tan lejos de la realidad.

Apenas unos segundos más tarde, Lidia yacía sobre la cama con los ojos cerrados. Su pecho, no obstante, había dejado de moverse. No había inspiración, no había expiración. Su alma se había apagado para siempre.

II

Carlos llamó al timbre de la puerta, sin éxito. No le sorprendió, en cualquier caso. Era lo que esperaba. Si una chica había avisado a la Policía porque su vecina llevaba varias horas sin abrir la puerta, era lógico suponer que dicha vecina no le abriría la puerta tampoco a él, por más que fuera un agente de la autoridad, un número del cuerpo de la Policía Local, la entidad encargada de hacerse cargo de este tipo de avisos.

La cosa no pintaba bien. «Ve tú», le habían dicho en la oficina. «Igual no es nada». Eso le habían dicho, sabiendo que la mayoría de las veces, por el contrario, era algo, y algo serio. Entrar en el edificio no había sido complicado. La misma chica que había dado el aviso le había franqueado la entrada. «Es en el tercero», la había oído decir a través del interfono.

Había decidido subir por las escaleras. En el segundo vivía aquella chica que le había permitido entrar. Su puerta estaba cerrada. A Carlos tampoco le importó. Ya tenía los datos que necesitaba, ya se los habían dado en la oficina. Que sonaba la música muy alta, que

habían subido desde el piso inferior para pedirle que bajara el volumen, que era extraño que Lidia hiciera sonar la música de esa forma, una chica tan discreta, tan educada, así que habían ido a avisarla, habían llamado a su puerta, pero no había abierto, incluso había terminado de sonar la música y Lidia seguía sin abrir. Su vecina la llamaba, le gritaba desde el pasillo y Lidia no contestaba.

Algo parecido le estaba sucediendo a Carlos. Llamadas a la puerta, unos discretos golpes acompasados dados con los nudillos. Sin respuesta. Toque al timbre, que sonaba suave desde el interior de la casa. Sin respuesta. Apelaciones directas con tono de preocupación, Lidia, Lidia, estás ahí. Sin respuesta. Muestras de autoridad que buscaran la intimidación, le habla la Policía, abre la puerta. Ante la ausencia de cualquier tipo de respuesta, Carlos hizo aquello que nunca había querido hacer, la invasión de la intimidad que supone forzar la puerta de una vivienda ajena, entrar sin permiso en la vida de otro, sin invitación y sin buenas palabras, eso que en otras circunstancias es un delito tipificado por la ley, allanamiento de morada, pero que él tenía permiso para ejecutar por mor de la autoridad concedida a los cuerpos de seguridad del Estado.

En estos casos, el protocolo dictaba que había que avisar antes de comenzar la operación, por guardar las apariencias, sobre todo, y aunque se tratase de una urgencia. Carlos así lo hizo. Lidia, voy a entrar, y

fue cuestión de segundos introducir en la cerradura un pequeño alambre en forma de ganzúa y hacer que el pestillo saltase, nada más sencillo, técnicas básicas de asalto a viviendas. Era mejor eso que derribar la puerta, disparar a la cerradura o practicar butrón, especialmente si no se observaba ningún otro obstáculo, si no había cadenas o seguros ulteriores.

No era el caso, de modo que Carlos se encontró ante un pasillo diáfano de paredes blancas, apenas decoradas, a cuyos lados se abrían los vanos que habían de dar a las distintas dependencias de la casa. El policía las fue revisando una por una; el paso sigiloso, la mirada atenta a los menores detalles y la concentración máxima, que nunca se sabía desde dónde podía venir un peligro inesperado, y había que estar presto a reaccionar lo más rápido posible.

Así pasó Carlos por la cocina, limpia y ordenada, propia de alguien a quien le gusta dejar las cosas ordenadas antes de salir o antes de dedicarse a otros menesteres; por el baño, regido por los mismos estándares que la cocina; por el salón. Aquí Carlos se detuvo y observó con detenimiento, hasta que se decidió a dar dos pasos y penetrar. Encontró un tocadiscos todavía encendido, tal vez la única señal de presencia que había advertido hasta ese momento en la casa. El disco no giraba ya, se había reproducido al completo, y la aguja se había detenido en el centro en una especie de agitación estática, de descanso activo, de incertidumbre entre la